

El tigre*

Demetrio Aguilera Malta

PIEZA EN UN ACTO DIVIDIDO EN TRES CUADROS

PERSONAJES

AGUAYO, 25 años

GUAYAMABE, 35 años

MITE, 50 años

EL TEJÓN, 25 años

La decoración representa un rincón de selva tropical americana. En primer término, en el suelo, hay una fogata que arde débilmente. Es de noche. Los hombres parecen arrancados de las sombras. Llevan sombrero de paja, cotona y pantalones blancos. Van descalzos. Cada uno porta un machete en su diestra. Con la izquierda se sacan, de vez en cuando, el sombrero y lo agitan, para espantarse los mosquitos. Guayamabe fuma un enorme cigarro.

CUADRO PRIMERO

Mite y El Tejón están sentados en sendos troncos de árboles. Guayamabe, de pie, mira intranquilo en determinada dirección, hacia la izquierda. A poco, se escuchan en esa dirección ruidos de montes rotos y de pasos que se acercan. Todos miran hacia ese lado. Por allí, aparece Aguayo, nervioso, agitado.

AGUAYO.—*(Con la voz temblorosa por la emoción)* ¡Don Guayamabe! ¡Don Guayamabe!

GUAYAMABE.—*(Sereno, tranquilo)* ¿Qué te pasa, Aguayo?

AGUAYO.—Este... don Guayamabe.

GUAYAMABE.—*(Algo impaciente)* Pero,¿ qué te pasa, hombre?

AGUAYO.—Nada... es que...

MITE.—¿Te asustaron las ánimas, tal vez?

AGUAYO.—No, don Mite... Es que... ¿Y por qué no atizan la candela?

Aguayo se acerca al sitio donde está la fogata. Se arrodilla ante ella. Se saca el sombrero. Y con él sopla desesperadamente, haciendo que la llama empiece a crecer. Mite y El Tejón se levantan de los troncos y se le acercan. Guayamabe continúa fumando su cigarro, imperturbable.

EL TEJÓN.—¿Qué tienes, Aguayo?

MITE.—¿Quieres espantar la plaga? ¡Hay tantos mosquitos esta noche!

AGUAYO.—*(Negando con la cabeza)* ¡No!

EL TEJÓN.—¿Y entonces?

AGUAYO.—*(Mirando con zozobra para todos lados.)* ¡El tigre!

GUAYAMABE.—*(Con risa que parece un latigazo.)* ¿Y eso no más era? ¡Jajajá! ¡Jajajá!

AGUAYO.—*(Se levanta y se acerca a Guayamabe. Tiene la voz llena de vacilaciones y de angustias)* Es que usted no lo ha visto tan cerca, don Guayamabe. Me ha venido siguiendo. Sus ojos, como dos linternas, han venido bailando detrás de mío.

MITE.—Son cosas tuyas, Aguayo.

AGUAYO.—*(Sin hacerle caso)* A ratos, me pelaba los dientes, como si riera. Yo podía olerlo. Sentía su respiración en mis espaldas. Si hubiera querido, me da un manotazo. Como yo andaba solo con mi machete...

EL TEJÓN.—Y si hubieras andado con una escopeta, ¿qué? ¡Vos le tienes miedo hasta a tu propia sombra!

AGUAYO.—Hablan así, porque nunca han visto tan cerca al Manchado.

GUAYAMABE.—*(Abalanzándose contra Aguayo. Fiero.)* ¿Qué te crees vos, Zambo? Yo soy de montaña adentro. Y bien hombre, para que tú lo sepas. He andado por las tierras más cerradas. Y me he reído de todo y de todos. ¡Es que donde pára un cristiano bien hecho, ningún animal escupe!

AGUAYO.—*(Retrocediendo. Encogiéndose sobre sí mismo)* Así es, don Guayamabe, pero...

GUAYAMABE.—*(Interrumpiéndolo)* Claro que así es.

MITE.—*(Se acerca a Aguayo y le palmea la espalda.)* Ve, Zambo. Haces mal en tenerle miedo al tigre. Lo mejor con el Manchado es desafiarlo. Donde te siga el rastro y se orine en tus pisadas... ¡Ahí sí que te fregaste!

AGUAYO.— Bien fregado estoy ya.

EL TEJÓN.— Porque quieres. Porque no te amarras los pantalones.

Hay una breve pausa. Guayamabe, impertérrito, sigue fumando su cigarro, como ausente. Aguayo vuelve a atizar la fotgata. De pronto, mira en determinada dirección, hacia la izquierda. Extiende la mano, señalando.

AGUAYO.—¡Allí! ¡Allí! (Todos miran en la dirección que señala Aguayo.)

MITE.—¿Qué?

AGUAYO.—¡Allí! ¡Allí!

EL TEJÓN.—¿Dónde?

AGUAYO.—¡Allí! Sobre ese cabo-de-hacha.

MITE.—Yo no veo nada.

EL TEJÓN.—Ni yo.

MITE.—¿Y vos, Zambo?

EL TEJÓN.—¿Qué es lo que estás viendo?

AGUAYO.—Yo... este...

EL TEJÓN.—¿Qué, pues? ¿Qué?

AGUAYO.— *(Sombríamente.)* ¡El tigre!

GUAYAMABE.—*(Mueve la cabeza, tristemente. Aspira su cigarro, que se enciende más aún. Los ojos le brillan en la noche.)* Ve que vos eres maricón, Zambo!

Sin agregar una sola palabra, da un salto hacia la izquierda. Más parec. un venado que un hombre. Al primer salto, siguen otros. Avanza hacia la selva, rompiendo monte, hasta salir de escena, por el fondo, izquierda. En pocos instantes, el ruido, de sus pasos se hace más quedo, hasta que desaparece. Aguayo queda como hipnotizado.

MITE.—Pobre del tigre, si don Guayamabe lo encuentra.

EL TEJÓN.—¡Qué lo va a encontrar, don Mite!

MITE.—Así es, Tejón. El Manchado ha de ir ya con el rabo entre las piernas.

EL TEJÓN.—Claro. ¿Quién le va a dar la cara a don Guayamabe?

MITE.—Sobre todo ahora, Tejón. ¿Viste cómo le brillaba el cigarro?

AGUAYO.—*(Volviéndose a ellos. Superándose. Como despertando.)* Parecía una linterna, ¿no?

Hay una breve pausa, en que todos miran anhelantes hacia la *izquierda.*

MITE.—¡Qué hombre!

AGUAYO.—Sí, ¡qué hombre!

EL TEJÓN.—Y todo porque vos, Zambo, le has venido con tus cosas.

MITE.—El tigre es el tigre, pues. Se lo doy al más macho.

De pronto, se escucha un bramido largo y escalofriante del tigre. Aguayo da un salto y se prende del brazo de Mite. Los dientes le castañetean.

AGUAYO.—¿Es... ta... ta... tarán... pepepe... lean... dodododo?

EL TEJÓN.—¡Cállate!

Vuelve a escucharse el bramido del tigre. Después, ruidos de arbustos agitados, de montes rotos, cuerpos golpeándose. Aguayo, El Tejón y Mite observan, tensos, la oscuridad, tratando de adivinar entre las sombras.

MITE.—¿Y si fuéramos a ver qué pasa?

EL TEJÓN.—¿Para que don Guayamabe se pelee con nosotros? ¡Ni que estuviéramos locos!

MITE.—Es verdad. Él ha de querer entendérselas con el tigre.

Nuevamente se escucha el bramido del tigre. Pero esta vez es como si se quejara. Y, casi en seguida, inmensa escalofriante, se escucha la carcajada de Guayamabe. Nuevamente, también, el rumor de montes rotos. De pasos

que se acercan. Y, finalmente, por la izquierda, aparece Guayamabe. Los otros se acercan, rodeándolo.

EL TEJÓN.—¿Y agarró al Manchado, don Guayamabe?

GUAYAMABE.—¡Qué va! En cuanto me vio, se hizo humo.

MITE.—Y eso que está muy atrevido. ¡Venir hasta tan cerca de la Hacienda!

AGUAYO.—*(Con amargura)* Es que me vino siguiendo...

EL TEJÓN.—Es que flojo mismo eres, Zambo.

Hay una pausa. Aguayo se acerca a la fogata. Se pone en cuchillas. Atiza el fuego soplando con la boca. No levanta la vista del suelo. No mira a nadie. Los otros lo observan en silencio, con cierta lástima.

AGUAYO.—Don Guayamabe...

GUAYAMABE.—¿Qué dices, Zambo?

AGUAYO.—Yo creo que a mí...

GUAYAMABE.—Pero suéltalo todo de una vez, hombre.

AGUAYO.—Este... ¡Yo creo que a mí me va a comer el tigre!

Mite se acerca a Aguayo. Le pone una mano sobre el hombro.

MITE.—Tienes que hacerte el desentendido, Zambo. Donde te ponga el vaho un condenado de éstos... ¡te maleaste! La contra, la única contra es no tenerles miedo.

GUAYAMABE.—Así es, don Mite. Por eso, salimos por arriba, con el poncho al brazo, a buscarlos.

AGUAYO.—*(Incrédulo.)* ¿A buscarlos?

GUAYAMABE.—*(Asintiendo.)* ¡Ahá! Nadie les corre. El que corre está perdido. Lo que pasa es que tú no sabes de esto, porque en estas islas nunca hubo tigres.

MITE.—*(Pensativamente.)* Y dicen que no, es lo mismo con el tigre que con el lagarto.

EL TEJÓN.—¡Claro! El Manchado sabe más.

GUAYAMABE.—Así es, Tejón. El tigre con poner la pata en el rastro de un cristiano, sabe si le tiene miedo o no. El lagarto no sabe nada. Además, al lagarto se le hace la boca agua porque le soben la panza. Así que sobándosela, ya está arreglado todo.

EL TEJÓN.—*(Incrédulo.)* ¿Sobarle... la panza?

GUAYAMABE.—Así es como se cogen los lagartos de tembladera. Los malditos están empozados, abajísimo del agua. El lagartero se mete para dentro y se va debajo de los lagartos. Les empieza a sobar la barriba. A esos condenados les da cosquillas enseguidita. Y empiezan a largarse a flote. Arriba está el otro lagartero esperando. Y apenas saca la cabeza el lagarto, le da un hachazo en la nuca.

AGUAYO.—Feisísimo debe ser, ¿no?

GUAYAMABE.—¡Feisísimo! A veces, el lagarto aguaita desde abajo, sobre todo si es lagarto cebado. Y, entonces, el cristiano puede sentirse difunto. Después de algunos días sólo asoman los huesos.

AGUAYO.—Pero peor es el tigre.

GUAYAMABE.—Eso sí. Al tigre no se le puede ir con andadas. A ése no se le puede sobar la barriga, ni nada. No tenerle miedo, no más. No darle nunca la espalda. Reírsele en las barbas.

AGUAYO.—¿Reírsele?

GUAYAMABE.—Echarle un chiflón de humo en los ojos. Si no, el cristiano se malea, hasta que el Manchado se lo come.

De pronto, Aguayo da un salto hacia Guayamabe. Toma a éste por el brazo, nerviosamente. Y señala hacia la izquierda, al fondo.

AGUAYO.—¡Mire! ¡Mire, don Guayamabe!

MITE.—(Mirando en *la dirección que señala Agua*yo.) ¿Qué? ¿Qué pasó, Zambo?

EL TEJÓN.—¿Qué pasó?

AGUAYO.—¡Allí! Miren, ¡Allí!

MITE.—Yo no veo, nada.

EL TEJÓN.—Ni yo.

GUAYAMABE.—*(Sereno, imperturbable, sin volverse.)* ¿Qué? ¿Es el tigre, otra vez?

AGUAYO.—*(Temblando.)* Si. ¡Allí está! ¡Allí está, don Guayamabe!

GUAYAMABE.—*(Mirándolo con lástima.)* ¡Ay, Zambo! Me creo que vos vas a desgraciarte. A lo mejor llevas los ojos del tigre dentro de tu cabezal ¡Y esos ojos no te dejarán ni a sol ni a sombra, hasta que el propio tigre te los quite!

AGUAYO.—Si me los va a quitar... ¡que me los quite pronto, don Guayamabe!

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

Han pasado algunos días. Es de noche. Mite y El Tejón están sentados en sendos troncos, ante la fogata encendida, como antes, en el centro, en primer término.

MITE.—Cuando el cristiano está con miedo, que encomiende su alma a Dios.

EL TEJÓN.—Sobre todo con el Manchado.

MITE.—Y dicen que está cebado.

EL TEJÓN.—¿Será el mismo?

MITE.—Así me creo. Desde que yo he nacido, nunca oí mentar por aquí un maldecido de ésos.

EL TEJÓN.—Entonces éste tal vez haya venido de detrás del Fuerte de Punta de Piedra.

MITE.—A lo mejor. Allí el año pasado se comió a un soldado. Los huesos, no más, dizque asomaron después de algunos días. Los había pelado tan bien desgraciado... que no hubo ni gallinasada.

EL TEJÓN.—Con mucha hambre estaría.

MITE.—O tal vez probó antes carne de cristiano. Dicen que cuando prueba carne de cristiano, al Manchado se le hace la boca agua por comernos.

Se oyen pasos apresurados. Y, al poco tiempo, aparece Guayamabe, por la izquierda, segundo término. Viene preocupado.

GUAYAMABE.—¿Han visto por aquí al Zambo Aguayo?

EL TEJÓN.—*(Intranquilo.)* ¿Qué? ¿Le ha pasado algo?

MITE.—¿Es que venía para acá?

GUAYAMABE.—Eso mostraban los rastros que encontré cuando empezaba a oscurecer.

MITE.—Por aquí no ha asomado.

GUAYAMABE.—¡Uhm! Está malo eso. Después de mediodía lo mandé a labrar unos palos, en el cerro Aislado. Al caer el sol, estuve allá. Y ni siquiera había tocado esos palos. Comencé, en seguida, a buscarlo. Y se me ha hecho humo. No lo encuentro por ninguna parte. Parece que se lo hubiera tragado la tierra.

EL TEJÓN.—¿Será la tierra?... ¿No será... el Manchado?

GUAYAMABE.—¿Ya van a empezar ustedes, también?

EL TEJÓN.—Yo decía, no más, don Guayamabe.

GUAYAMABE.—¡Cuidado! El miedo es contagioso. Y si ustedes se dejan agarrar por él, pronto van a empezar a ver al tigre por todas partes.

MITE.—¡Quién sabe, don Guayamabe! Pero, yo me creo que el Manchado a quien le ha puesto los ojos es al Zambo.

GUAYAMABE.—A lo mejor. Con todo, es bueno no dejarse llevar por la marea. Sobre todo en aguaje. *(Pausa.)* Bueno. Voy a seguir buscando al Zambo. Si lo ven, díganle que quiero hablar con él, lo más pronto. Que le daré otro trabajo, mañana. ¡Está tan fregado, el pobre!

MITE.—Así será, don Guayamabe.

El Tejón.—Así será.

Guayamabe sale por la derecha, segundo término. A poco se pierden los rumores que causa alejándose entre la selva.

MITE.—*(Después de breve pausa.)* Y aquí ya va matando a varios animales.

EL TEJÓN.—¿Quién, ah?

MITE.—¿Quién ha de ser? ¡El Manchado!

EL TEJÓN.—¡Ahá! Y lo peor es que no se los come enteros. Los prueba, no más. Y se larga. Parece que no le gustan mucho. O será que está receloso.

MITE.—Es que le hemos puesto muchas trampas.

EL TEJÓN.—¡Y buenazas trampas!

MITE.—Pero no cae en ninguna.

EL TEJÓN.—¿Recuerda la del hueco abierto, tapado apenas con monte y lleno de carne encima? ¡Si provocaba! Palabrita de Dios que yo hubiera caído.

MITE.—EL cristiano cae, no más, en todo.

EL TEJÓN.—Y, después, cuando le pusieron el puerquito vivo...

MITE.—Tu lo viste. El desgraciadísimo le hizo asco. Para desquitarse, mató un venado, allí cerca. Se ha de haber reído de nosotros, horas de horas.

EL TEJÓN.—La trampa en que yo sí creí que iba a caer fue la jaula de palo. Estuvo, muy bien hecha. Tenía un palo torcido, con un lazo de betas, abierto, esperando al maldecido.

MITE.—Todos creímos que ahí iba a caer. Hasta el propio Zambo. ¿Te acuerdas que se puso contentísimo? Él mismo metió al chivo, de carnada. Era un chivo negro que berreaba, como recién parido.

EL TEJÓN.—Y lo que son las cosas, ¿no? Al día siguiente el Zambo estaba, otra vez, muriéndose de miedo. Porque el Manchado había dejado rastros frescos al pie de la jaula. Hasta creo que se había revolcado. Pero nada más. Lo único que...

MITE.—*(Ligando con la frase interrumpida de El Tejón.)* ...que el Manchado se había orinado en los rastros del Zambo, ¿no?

EL TEJÓN.—¡Ahá!

MITE.—¿Y él lo sabe?

EL TEJÓN.—Creo que no. Nosotros, muy temprano, borramos los rastros mojados.

Pausa. El Tejón y Mite quedan pensativos.

MITE.—Creo que ya no debemos hacer más trampas.

EL TEJÓN.—Así es. ¿Para qué?

MITE.—Todo será inútil. Mientras don Guayamabe ande por estos lados, no podremos agarrar al Manchado. El Manchado le tiene miedo y recelo.

EL TEJÓN.—Nunca le da la cara. Y eso que don Guayamabe ha salido tantas veces a buscarlo. Hasta ha dormido en la montaña. Hasta ha colgado su hamaca de yute en las ramas de un árbol. Y allí ha esperado horas de horas.

MITE.—Es demasiado hombre para el Manchado.

EL TEJÓN.—*(Asintiendo.)* Tiene razón, don Mite. ¡Demasiado hombre!

Se escucha un remecerse de monte. Y la voz temblorosa, angustiada de Aguayo.

AGUAYO.—*(Desde dentro.)* ¡Don Mite! ¡Tejón!

MITE.—¿Qué fue, Zambo?

EL TEJÓN.—¿Qué fue?

Mite y El Tejón se levantan y se acercan rápidamente hacia el fondo, por donde aparece Aguayo. Aguayo está como ebrio, a punto de caerse. Los otros lo sostienen.

AGUAYO.—*(Casi llorando.)* ¡Don Mite! ¡Tejón!

MITE.—¿De nuevo el Manchado?

AGUAYO.—Sí *(Ladeando la cabeza, como señalando con ella.)* ¡Allí está! ¡Allí está, de nuevo!

EL TEJÓN.—¿Te ha venido siguiendo?

AGUAYO.—No. Yo no me he movido de aquí. Estaba oculto en un brusquero. No puedo alejarme de donde haya gente. Y, sobre todo, de donde haya candela... ¿Y por qué no la atizan?

Se acerca a la fogata. Casi se acuesta sobre ella y empieza a soplarla con la boca.

MITE.—¿No oíste a don Guayamabe que te estaba buscando?

AGUAYO.—Lo oí. Lo oí todo.

EL TEJÓN.—Dice que mañana te va a dar otro trabajo.

AGUAYO.—*(Incorporándose. Levantándose. Con tristeza y desencanto.)* ¿Qué trabajo puede darme que yo pueda hacer? No puedo dejar estos lados. ¡Tengo miedo! ¡Palabrita de Dios que tengo miedo! ¡Mucho miedo! El Manchado no me deja ni a sol ni a sombra. La otra tarde estaba con la Domitila. Y empecé a verlo, como si brincara, dándome vueltas. Otro día estaba sacando agua del pozo. Y, de pronto vi su cara

espantosa reflejándose, al lado de la mía, en el agua. Viré a ver dónde estaba. Estaba detrás mío, trepado a un árbol. Me peló los dientes, cómo si riera. Pero lo peor es de noche. Todas las noches viene a rondar el covachón, por el lado donde vivo. Como no puedo dormir, lo oigo raspando las paredes de mi cuarto con sus uñas, que parecen cuchillos. Por las rendijas le veo los ojos. ¡Qué ojos tiene el maldecido! Van creciendo, creciendo, como si fueran dos bolas de fuego verde. ¡No sé! ¡Palabrita de Dios que no sé qué voy a hacer! Estoy que me voy en curso, como, una regadera. No tengo fuerzas ni ánimo para nada. ¡Palabrita de Dios que no sé qué voy a hacer!

MITE.—*(Pensativamente.)* Vos debías irte de la isla, Zambo. ¡Si no, cualquier día te come el maldecido!

EL TEJÓN.—Don Mite tiene razón, Zambo. Además que vos eres bueno para muchas cosas. Eres la uña del Diablo para labrar los palos, para los aserríos de las alfajías. ¡Para tantas cosas! En el propio Guayaquil estarías como chalaco en poza.

AGUAYO.—Pero es que le debo algunos reales al Blanco de la hacienda.

MITE.—Y si te mueres, ¿cómo le vas a pagar?

AGUAYO.—¿Y... y la Domitila? ¿Cómo voy a dejarla? Estamos palabreados desde hace tiempísimo. Y el mes que viene íbamos a casamos.

EL TEJÓN.—Y si el Manchado te come, ¿cómo vas a casarte? Y si sólo te lleva un brazo o una pierna... ¿para qué vas a servirle incompleto a la Domitila? Yo creo que don Mite tiene, razón. Vos debes de irte, Zambo. Después le pagas tu deuda al Blanco. Y después mandas por la hembra.

MITE.—Aquí cerca, en el estero de los Cangrejos, hay una canoa. En ella puedes irte al cerrito de los Morreños. De allí te embarcas en la primera balandra que salga. ¡Y a Guayaquil se ha dicho!

AGUAYO.—Tal vez tienen razón. Es mejor que me vaya. Pero ustedes me cuidan, ¿verdad? Sólo hasta que me aleje de la orilla. Tengo miedo de que el Manchado me vaya a fregar.

EL TEJÓN.—Pierde cuidado Zambo. Allí estaremos nosotros.

AGUAYO.—Vamos, entonces. Le cuentan todo a don Guayamabe, para que se lo diga al Blanco. Y a la Domitila, para que no me olvide. Y ahora sí. ¡Vamos!, ¡Vamos, pronto!

MITE.—¡Vamos!

EL TEJÓN.—¡Vamos!

Se dirigen hacía derecha primer término, hasta que salen.

TELÓN

CUADRO TERCERO

La misma noche, momentos más tarde. La escena está vacía. A poco tiempo, se oyen pasos y voces confusas que se van, acercando hasta que, por la derecha, primer término, aparecen Mite y El Tejón.

MITE.—*(Acercándose a la fogata, lo mismo que hace El Tejón. Restregándose las manos, como si tuviera frío.)* ¡Gracias a Dios!

EL TEJÓN.—Si, don Mite. ¡Hasta que se fue, por fin!

MITE.—Yo sólo me quedé tranquilo cuando se lo tragaron las sombras. Cuando escuché el chapoteo de su canalete, hundiéndose en el, agua y sólo me llegó, como un eco, su despedida: "Hasta pronto, don Mite." "Hasta pronto, Tejón."

EL TEJÓN.—Puede que, ahora sí, se largue el Manchado.

MITE.—O puede que empiece a seguirle el rastro a otro cristiano.

EL TEJÓN.—Difícil lo veo. Aquí nadie más le tiene miedo.

MITE.—¿Vos crees? ¿No se habrá contagiado la Domitila? Como ella andaba siempre con el Zambo...

EL TEJÓN.—Las mujeres casi nunca van a la montaña.

MITE.—Este Manchado está muy atrevido. ¡Vaya a saberlo Dios lo que puede pasar!

Nuevamente se escuchan rumores de montes rotos y de pasos que se acercan. Mite y El Tejón miran hacia la derecha. Quedan, como si vieran un ser de otro mundo.

EL TEJÓN.—¿Usted ve lo que yo estoy viendo, don Mite?

MITE.—Así me creo, Tejón.

Aguayo aparece por la derecha, primer término. Camina lentamente, como un sonámbulo Se dirige al centro de la escena. Mira a Mito, al Tejón, a la fogata. Es una mirada vacía, estúpida. Mite y El Tejón se le acercan, mirándolo interrogativamente.

MITE.—*(Después de breves segundos, en vista de que Aguayo no dice nada.)* ¿Por qué regresaste?

EL TEJÓN.—*(Haciendo un esfuerzo para dominarse.)* ¿ Es qué... se viró la canoa?

MITE.—¿No pudiste seguir bogando?

EL TEJÓN.—¿Te atacó algún tiburón?

MITE.—O... ¿es que te dio miedo el agua?

Aguayo los mira, como si no los viera. Después, empieza a hablar, como para sí mismo.

AGUAYO.—Mejor regreso, no más.

MITE.—¿A dónde?

AGUAYO.—(Como *si sólo en ese momento se diera cuenta de la presencia de ellos.)* Al covachón, a mi cuarto.

EL TEJÓN.—¿Por qué no aguardas un poco? Así nos iremos juntos.

AGUAYO.—¿Para qué?

EL TEJÓN.—¿Cómo para qué?

AGUAYO.—*(Levantándose de hombros.)* Ya todo es en vano.

MITE.—No digas eso.

EL TEJÓN.—¿O es que te aguarda la Domitila?

AGUAYO.—Ya no quiero ni verla. ¿Para qué?

EL TEJÓN.—No comprendo.

MITE.—¿Es que ya no la quieres?

AGUAYO.—*(Desesperado. Estallando.)* No. No es eso. Es que sólo le traería desgracias. ¡Estoy tan desgraciado!

EL TEJÓN.—Hablas por hablar, Zambo.

AGUAYO.—Eso crees vos, Tejón. Ahora... Ahora sí estoy seguro de que... *(Interrumpe sus palabras, como si tuviera miedo hasta de decirlas.)*

MITE.—*(Con cierta impaciencia.)* ¿De qué?

AGUAYO.—De que me va a comer el tigre.

MITE.—Vea que vos eres tonto, Aguayo.

EL TEJÓN.—Por eso te pasa lo que te pasa.

AGUAYO.—*(Riendo estúpidamente.)* ¡Jujujú! Así es. Por eso. Ya lo vieron ustedes. Yo quería irme de la isla. Dejar mi deuda con el Blanco. Y —lo que es peor— dejar a la Domitila.

MITE.—Era lo mejor.

AGUAYO.—Claro que era lo mejor... si hubiera podido hacerlo.

EL TEJÓN.—¿Y qué pasó, entonces?

AGUAYO.—Apenas me alejé un poco de la orilla, me entró un miedo horrible.

MITE.—Ibas con miedo.

AGUAYO.—Fue peor en la canoa. Poco a poco, empecé a escuchar un chapoteo. Al principio, quise no hacer caso. Quise creer que era mi propio canalete. Pero como el chapoteo crecía, dejé de bogar.

EL TEJÓN.—A lo mejor era el viento. O la correntada torciendo los manglares.

MITE.—O algún pescado grande. O algún cardumen de pescados. Tú sabes. De noche, ellos se aprovechan para saltar a su gusto.

AGUAYO.—Todo eso pensé yo. Pero el chapoteo crecía, crecía. Entonces, volví la cabeza. ¿saben lo que vi? A pocas brazas, saliendo a encontrarme, ¡venía el tigre! Las luces verdes de sus ojos bailaban sobre el agua. Tenía los colmillos pelados, como si riera a carcajadas.

MITE.—¡Pobre Zambo! ¡Vea que vos eres!

AGUAYO.—Entonces, sacando fuerzas de donde no tenía, di vuelta a la canoa y empecé a bogar, a bogar desesperadamente. La canoa brincó, como alma que lleva el diablo, hasta llegar aquí.

EL TEJÓN.—Lo que son las cosas, ¿no? Yo pensé que los Manchados eran como los gatos, que no les gusta el agua.

MITE.—Este Manchado debe ser buen nadador. Si no, ¿cómo hubiera llegado a la isla?

EL TEJÓN.—De verdad.

AGUAYO.—Bueno. Lo que es yo... yo me voy... ¡Hasta mañana! ¡Hasta mañana, si Dios quiere!

MITE.—Hasta mañana, Zambo. ¡Y no le hagas miedo al miedo!

AGUAYO.—*(Riendo nerviosamente.)* ¡Jujujú! No, don Mite.

EL TEJÓN.—Hasta mañana, Zambo. ¡Cuídate mucho!

AGUAYO.—Ya tengo uno que me cuida siempre, Tejón. ¡El tigre!

Aguayo sale por la derecha, segundo término. Mite y El Tejón miran por la dirección en que aquél sale. Hacen una breve pausa. Después, hablan.

MITE.—¿Quién hubiera pensado que el Manchado lo iba a seguir hasta la canoa?

EL TEJÓN.—Yo ya me figuraba eso.

MITE.—A lo mejor don Guayamabe está en lo cierto.

EL TEJÓN.—¿En qué, ah?

MITE.—Él dice que tal vez hay dos Manchados.

EL TEJÓN.—¿Dos Manchados?

MITE.—Sí. El uno es ése que se come a los animales. Ése que él ha espantado. Que no le da cara. Que lo aguaita desde lejos, tras los árboles. Y que, apenas lo oye o lo ve, sale en quema.

EL TEJÓN.—¿Y el otro?

MITE.—El otro es ése que el Zambo Aguayo lleva dentro.

EL TEJÓN.—¡Uhúl ¡Puede ser! Pero, entonces, yo me creo que ambos persiguen al Zambo. Esta mañana encontré rastros frescos del Manchado al pie del covachón, frente al cuarto del Zambo.

MITE.—Y ahora debe estarlo siguiendo, todavía.

EL TEJÓN.—A lo mejor. Y palabrita que me está dando pena del Zambo. ¿Le vio la cara, don Mite? Parecía un muerto parado. ¡Quién sabe si él mismo ya no se siente de este mundo!

MITE.—Así es. ¡Pobre Zambo!

EL TEJÓN.—Sí. ¡Pobre Zambo!

Se oyen pasos que se acercan. Y, casi en seguida, entra Guayamabe por derecha, segundo término. *Su semblante está impasible, como siempre. Sólo los chillones de humo de su cigarro, que son más frecuentes, denotan su preocupación.*

GUAYAMABE.—¿Vieron al Zambo?

MITE.—Acaba de irse, don Guayamabe.

GUAYAMABE.—¿Dijo dónde iba?

EL TEJÓN.—Al covachón, a su cuarto.

GUAYAMABE.—Es mejor así.

EL TEJÓN.—Claro, don Guayamabe. El Manchado no se aleja de estos lados. Hay rastros de él por todas partes. Hasta los mismos brusqueros están trillados. Parece que el maldecido no hiciera otra cosa que pasearse.

MITE.—Y el Zambo está más cucarachero que nunca.

GUAYAMABE.—En el pellejo de él, ¿quién no estaría? El tigre está atrevidísimo. Y como nunca me da la cara.

EL TEJÓN.—*(Como para sí mismo. Muy preocupa*do.) Yo creo que, haga lo que haga... ¡al Zambo se lo va a comer el Manchado!

GUAYAMABE.—No seas pájaro de mal agüero, Tejón.

EL TEJÓN.—Es que usted no lo ha visto cómo se ha puesto, don Guayamabe. Hace poco que pasó por aquí, ¡ya olía a muerto! ¡Quién sabe si ya está muerto por dentro!

MITE.—¡El Tejón tiene razón, don Guayamabe! Y lo peor es que ya no quiere hacer nada. Ni trabajar. Ni ver a la hembra. Ni pelear para defenderse. Ni nada. Se deja llevar, no más, de la corriente, como una canoa al garete. Fíjese que ahorita, ¡ni siquiera atizó la candela!

GUAYAMABE.—No debieron dejarlo ir solo.

EL TEJÓN.—No quiso que lo acompañáramos.

GUAYAMABE.—*(Aspirando fuertemente con la nariz.)* ¡Uh! ¡Y esta noche está más fuerte que nunca el vaho del tigre!

Hay una breve pausa que, de pronto, es interrumpida por un grito ultrahumano de Aguayo. Viene de no muy lejos, ululando en el silencio de la noche.

VOZ DE AGUAYO.—¡Don Guayamabe! ¡Don Guayamabe! ¡El tigre!

Casi enseguida, se escucha el golpe del salto del tigre. Rumor de lucha. Y un rugido escalofriante de la fiera. Todo esto es simultáneo con la salida de Guayamábe, Mite y El Tejón, que abandonan la escena, corriendo, por derecha, primer término. En tanto, entre el rumor de la lucha, vuelve a escucharse la voz de Aguayo, angustiosa desesperada.

VOZ DE AGUAYO.—¡Don Guayamabe!... ¡Don... Gua... ya.. ma... be!

VOZ DE GUAYAMABE.—¡Aguanta Zambo¡ ¡Ahí voy!

VOZ DE AGUAYO.—*(Ultrahumana, inenarrable.)* ¡Ay!...

Se alejan los ruidos de la carrera de Guayamabe, Mite y El Tejón, hasta que desaparecen. Después, se hace un silencio total. De improviso, surge el rugido largo y escalofriante del tigre, como si desafiara. E inmediatamente, la voz amenazadora y creciente de Guayamabe.

VOZ DE GUAYAMABE.—*(Gritando.)* ¡Mataste al Zambo! ¡Maldecido! ¡Él le tenía miedo al miedo! ¡A mí no te me escaparás!... ¡Toma! ¡Toma, desgraciado! *(El tigre ruge angustiosamente.)* ¡Con esa cuarta de machete en la panza, ya no fregarás a nadie! ¡Maldecido!...

TELÓN

* Tomado de Carlos Solórzano, *El teatro hispanoamericano contemporáneo,* México: FCE, 1975, pp. 8-27.